

***Don Quijote en América:***  
cien años de una obra homenaje al entonces  
*Quijote* tricentenario

*El Héroe de los Molinos de Viento está vivo y muy vivo,  
apostado en cada encrucijada del mundo...*

**Tulio Febres Cordero**

En 1905, cuando se cumplían trescientos años de la primera edición del *Quijote*, don Tulio Febres Cordero publica una novela con el título de *Don Quijote en América*<sup>1</sup>, que va a suscitar en los años siguientes a su príncipe impresión una polémica agria entre diversos intelectuales<sup>2</sup>. La obra narra, en 24 capítulos, la cuarta salida del caballero manchego, cuyas andanzas se verifican ahora por los predios de Tierra Firme durante «la última década del siglo XIX»<sup>3</sup>. La intención expedita de la novela, como apunta su autor en el “prólogo a la 2ª edición”, no es literaria, “...sino [...] patriótica: es la aplicación del legendario Quijote como correctivo de un mal [...] muy generalizado en Hispano-América, que consiste en el menosprecio de lo

---

<sup>1</sup> Para todas las citas que voy hacer sobre esta novela de Tulio Febres Cordero recurro a la publicación *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del Ingenioso Hidalgo de la Mancha*. Tercera Edición. Caracas: Editorial Sur América. Parra León Hermanos Editores, 1930. 248 p.

<sup>2</sup> *Ibíd.* Véase: “Prólogo a la Tercera Edición” (pp. 3-18) y “Aclaración (prólogo a 2ª edición)” (pp. 19-21) donde el mismo Tulio Febres Cordero da a conocer esta polémica.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 22.

*criollo* y la servil imitación de lo *extranjero*...”<sup>4</sup> La efemérides de una obra ya clásica en los albores del siglo xx, la necesidad sentida por el autor, en consonancia con el horizonte de expectativas de su época, de trasladar al mítico hidalgo a tierras americanas en el último decenio del siglo decimonónico signado por el progreso positivista, y la edificación de una literatura de carácter nacional en Venezuela, hicieron posible la composición de este extraño relato en el que, por un lado, se rinde homenaje a Cervantes y su magna obra; y en el que, por el otro, se “revive” al Caballero de la Triste Figura para hacerlo protagonista de nuevas aventuras, eso sí, de otros ribetes como lo reclama tiempos en los que los ideales de la caballería andante son sólo un lejano recuerdo plasmado magistralmente en la tradición cultural.

*Don Quijote en América* se divide en tres secuencias: la primera, capítulos 1-8, cuenta la reaparición de don Quijote por los campos de Montiel, en las postrimerías del siglo xix, hasta su viaje rumbo a América, desde Barcelona; la segunda, capítulos 9-12, la historia de Santiago, un criollo de Tierra Firme, un personaje creado por Tulio Febres Cordero y de significación vital en el relato; y la tercera, capítulos 13-24, las andanzas americanas de don Quijote, bajo el apelativo del Doctor Quix, en una época en que el enciclopedismo, la libertad y el progreso eran, al menos en la teoría, los valores que prevalecían.

En la primera secuencia de la novela, un pastor por los campos de Montiel oye extrañas voces que cree ser de ultratumba. Medio superado el susto, el pastor aparta una piedra de la que proceden esas voces, que resulta ser la boca de una cueva en la que aparece la figura larguirucha de don Quijote. De seguidas, el narrador retrocede tres centurias, al momento de la muerte de Alonso Quijano para “...contar el lugar a donde fue a parar el cuerpo de D. Quijote, no menos que el fin de Sancho Panza”<sup>5</sup>, basado este relato en un “apéndice” de las memorias de Cide Hamete “...que no llegó en

---

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 20.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 30.

tiempo oportuno a manos de Cervantes, porque fue hallado después de publicada la segunda y última parte de su libro.”<sup>6</sup> Ese “apéndice” cuenta que un doncel, procedente de África, propone a los presentes, ante el cadáver de don Quijote lo siguiente: “—Tengo para mí señores que D. Quijote no está muerto sino privado de sentido, y que no es razón enterrarle sin que antes se compruebe y ratifique su muerte por señales más evidentes...”<sup>7</sup> Después de una polémica breve con el médico y el escribano que han certificado el deceso del hidalgo, se acuerda no inhumar su cuerpo hasta el día siguiente para que se corrobore de manera fehaciente su fallecimiento. El doncel y cuatro labradores vecinos del difunto lo velarán esa noche. Cuando los labradores van a cenar en el atrio de la iglesia: “...vieron salir cuatro figuras penitentes, con ropones blancos [...] y con gruesos cirios encendidos en las manos. En medio de ellos iba un caballero armado, en quien reconocieron al punto a D. Quijote sobre Rocinante. Caminaba pausadamente y en sepulcral silencio entre los cuatro fantasmas...”<sup>8</sup> Esa noche desaparece don Quijote, Sancho abandona su casa de manera intempestiva, y del doncel tampoco se vuelve a saber de su paradero. Después, cuenta el narrador, el doncel buscó a Sancho para que siguiera a don Quijote, que en verdad, no estaba muerto «sino privado de sentido». Para convencerlo le ofrece tesoros que obtendrá en la nueva tierra que ha de transitar su Señor donde hay trojes de perlas y de oro y que ostenta “...el nombre propísimo del *Dorado*.”<sup>9</sup> Luego, el doncel introduce a don Quijote, todavía sin sentido, y a Sancho, adormilado por el exceso de vino, en la cueva de Montesinos, donde pasan la bicoca de tres siglos.

Una vez que don Quijote es rescatado de su cautiverio por el pastor y éste se va al pueblo para comprar las ropas y los enseres que necesita el

---

<sup>6</sup> Ídem.

<sup>7</sup> Ídem.

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 33.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 37.

hidalgo, despierta Sancho y dialoga con su amo. De ahora en adelante, dice don Quijote a Sancho, las cosas serán muy distintas a las aventuras caballescacas que antes le acaecieron, lances de un nuevo cuño les esperan: "...Ahora, Sancho, debemos seguir el espíritu del tiempo, y ajustarnos a otros moldes, porque a los sentimientos de honor y galantería, han sucedido las ideas de libertad y de progreso; a los actos de valentía y fama de las proezas, la habilidad industrial y las empresas científicas; al amor de la justicia, el criterio más provechoso de la utilidad; y al desinterés y la magnanimidad en todos los negocios de la vida, la dualidad de conciencia..."<sup>10</sup> Por eso, dejará de llamarse don Quijote para nombrarse "*Doctor Quix*, porque cuadra más a mi nueva carrera el título de *doctor* que el de *don*, por la ranciedad de éste, y el apellido Quix, con *x* en vez de *j*, tiene menos apariencia de español que Quijote o Quijano..."<sup>11</sup>. Dejo para su disfrute y consideración, estimado lector, por entero los capítulos 5-8, en que se narran las peripecias del pastor en el pueblo, donde compró a don Quijote un traje de torero y demás objetos demandados para el viaje a América, la faena taurina bufa del hidalgo manchego y su embarque en Barcelona hacia Tierra Firme.

El primer problema que se le presenta a don Tulio Febres Cordero en esta novela es cómo justificar un Quijote viajero en el tiempo, no presa de la indefectible muerte. Y esa justificación la logra el escritor merideño, pensamos, en esta primera secuencia. Que un pastor oiga voces por los campos de Montiel y descubra que son las de don Quijote en la cueva de Montesinos, no es, como podría pensarse, descabellado. Quien ha viajado por la Mancha, se cerciora de dos cosas: esa llanura interminable e inhóspita, por un lado, invita a librar la imaginación como un medio de salvación ante una realidad árida y decrepita; y, por el otro, que esa tierra quedó marcada por la presencia del Caballero de la Triste Figura y su simpático Escudero: don Quijote y la Mancha se han fusionado en un telurismo misterioso y sin deslinde. El hidalgo

---

<sup>10</sup> *Ibíd.*, pp. 42- 43.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 47.

soñador vive por los campos de Montiel, se resiste a morir, cada día está más vivo. Por otra parte, don Quijote estaba en la cueva de Montesinos, donde el visitante pierde la noción del tiempo, allí no se está sujeto al discurrir mortal del reloj de arena. Recordemos que para Sancho, don Quijote permanece una hora en la cueva de Montesinos; Alonso Quijano, en cambio, calcula su estadía en tres días. En el *Quijote* de don Tulio, el tiempo se hiperboliza: el hidalgo y su fiel sirviente pasan trescientos años en la cueva de Montesinos; baraja temporal de cambios históricos de los que en algo tiene conciencia don Quijote y, de la que nada supo, por su parte, Sancho Panza.

El segundo problema de don Tulio es cómo justificar un empalme creíble entre el *Quijote* de Cervantes, muerto al final de la segunda parte; y el suyo, muy vivo por Tierra Firme. Este problema se vuelve espinoso si tomamos en cuenta que al final del *Quijote* de 1615, ante la muerte del hidalgo manchego el cura las toma previsiones para evitar que otro Avellaneda lo reviva: “Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado [...] don Quijote de la Mancha, había pasado de la presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de algún otro autor que Cide Hamete Benengeli lo resucitase falsamente, y hiciese inacabable historia de sus hazañas”.<sup>12</sup> En el colofón de la segunda parte, Cide Hamete Benengeli, haciendo hablar a su pluma, advierte a Avellaneda que respete el descanso eterno de su personaje: “Para mí solo nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal desaliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio; a quién advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los

---

<sup>12</sup> Miguel de Cervantes. *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición, Introducción y Notas de Martín de Riquer de la Real Academia Española. Edición especial para El Nacional (Caracas). España: Ediciones Planeta S. A., 1999. Tomo II. Cap. 74, p. 1097.

cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no lo quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva...”<sup>13</sup> Don Tulio, no obstante, recurre a dos soluciones. La primera, su novela quijotesca está basada en un “apéndice” de las memorias de Cide Hamete que no se pudo incluir en la segunda parte del *Quijote* porque estaba impresa; y como la advertencia contra la “resurrección” del personaje cervantino era dirigida a Avellaneda que hizo del caballero un aventurero de hazañas interminables en la misma época de Cervantes<sup>14</sup>; queda libre de cargos el autor andino al “revivir” al Caballero de la Triste Figura porque él nos Avellaneda y su don Quijote es de otro tiempo y vaga por otra tierra. La segunda, aunque se habla vagamente del sepulcro de don Quijote, tampoco se cuenta sobre lo ocurrido en su entierro; vació que don Tulio aprovecha para interpolar al doncel africano, que luego resultó ser hijo de Cide Hamete, para asegurar que don Quijote sólo estaba privado de sentido, no había muerto y se tendría que esperar al otro día para confirmar o negar su deceso. Esa noche, un soñoliento don Quijote emprende su cuarta salida contada ahora en la novela de don Tulio Febres Cordero, ya no por la geografía manchega de fines del siglo XVI sino por Tierra Firme, la América de finales del siglo XVI. Sin embargo, esta solución no deja de tener cierta truculencia: ¿Cómo un “apéndice” de las memorias de Cide Hamete ha de contar aventuras de don Quijote en un tiempo y territorio que no es el suyo? En arte no hay soluciones perfectas, lo importante del narrador de *Don Quijote en América* es que hizo del comienzo del relato algo creíble, verosímil; así el mismo inicio deje ver a las claras su inconsistencia narrativa.

Por otro lado, para el tiempo de don Tulio, *Don Quijote de la Mancha* era ya una obra clásica con nada menos que trescientos años de anda-

---

<sup>13</sup> *Ibíd.*, pp. 1098-1099.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, Nota 14 de la pág. 1098.

dura. Y una obra clásica para ser tal, según Iuri Lotman, pasa por tres etapas: la obra metonimia, la obra metáfora y la obra símbolo<sup>15</sup>. La obra metonimia refleja parte de su época. La obra metáfora permite que un público posterior haga de ésta analogía de su realidad. La obra símbolo comporta una recepción universal. El *Quijote* de 1605 tuvo éxito relativo en la España del siglo XVII, en la que se leyó como sátira de los libros de caballerías y crítica al Imperio español. En el siglo XVII, pero sobre todo en el XVIII, el *Quijote* se difundió en Europa y América haciendo que sus lectores lo leyeran desde sus épocas respectivas. Para finales del siglo XIX, el hidalgo cervantino había cobrado fama universal<sup>16</sup>, se había vuelto un personaje símbolo para trajar sus andanzas más allá de la obra que le dio origen. En ese tiempo, cuando la celeberrima novela cervantina atañía a toda la humanidad, don Tulio escribe su *Don Quijote en América*, como sucedía ese mismo 1905 con Miguel de Unamuno y su *Vida de don Quijote y Sancho*; luego con Ortega y Gasset y sus *Meditaciones del Quijote*, en 1914; que hicieron del antihéroe de la Mancha, objeto de sus cavilaciones. Como símbolo, el Quijote está vivo, cada persona libremente puede hacer un Quijote a su medida, aun a costa del peligro hermenéutico que eso conlleva. Esto lo comprendió don Tulio. Por ello se atrevió, so pena de profanar la magna obra cervantina, a “revivir” al Quijote y traerlo a América en una cuarta salida. Por cierto, hoy en día a nadie escandalizaría un Quijote posmoderno, que el clásico mucho encaja en nuestra época. Finalmente, Barcelona, donde don Quijote fue ven-

---

<sup>15</sup> Iuri M. Lotman: “La semiótica de la cultura y el concepto de texto”. En: Autor. *La semiósfera. Semiótica de la Cultura*. Selección y traducción del ruso por Desiderio Navarro. Valencia [España]: Frónesis. Ediciones Cátedra S. A. Universitat de València, 1966. pp. 81-82.

<sup>16</sup> Véase: Francisco Rico. “Historia del Texto”. En: Miguel de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha*. Dirigida por Francisco Rico, con la colaboración de Joaquín Forradellas. Estudio Preliminar: Fernando Lázaro Carreter. Tercera edición revisada. Barcelona [España]: Instituto Cervantes-Crítica, 1999. pp. CXCH-CXLII.

cido por el Caballero de la Blanca Luna (Sansón Carrasco), y desde allí, vuelve derrotado a la Mancha, resulta ser el lugar de partida de don Quijote y de Sancho para sus nuevas aventuras allende los mares de Europa.

Ahora bien, un Quijote en América servía de pretexto para rendir homenaje al Quijote clásico que arribaba a su tricentenario, mayoría de edad editorial que la mayor parte de las obras literarias no logran alcanzar. Pero ese Quijote, aunque mana del orate Alonso Quijano, no podía ser remedo, vulgar copia del caballero manchego. Tenía que tener su originalidad, su fili-grana que justificara al Caballero de la Triste Figura por las regiones de Tierra Firme. Un Quijote sin Dulcinea, ¡algo sorprendente!, sólo ahora en aras del progreso como el mismo caballero revivido expresa a su Escudero: "...No te maravilles, pues, de que no invoque a Dulcinea, porque los espíritus fuertes del siglo no se enamoran, ni andan en platónicos requiebros. Sábelo y apúntalo bien en la memoria: la dama de mis pensamientos, la reina y señora de mi voluntad es la gran idea, la idea santa y esplendorosa del progreso moderno..."<sup>17</sup>

Embarcados don Quijote y Sancho para América, comienza la segunda secuencia narrativa de la novela que, por el momento, se olvida, durante cuatro capítulos, de sus dos protagonistas para dedicarse a Santiago: "...un criollo, tomado prisionero en la isla de Cuba, que se hallaba muy estrecho en España. Rayaba en los veinte años, de varonil continente y agraciado semblante. Ardía en sus ojos la centella revolucionaria, cada vez que de Cuba se trataba, aunque [...] era de Tierra Firme..."<sup>18</sup> Este personaje, creación de don Tulio, sirve para encajar a don Quijote y Sancho en sus correrías americanas. Santiago era originario de la provincia de Sanisidro "...situada no muy lejos de la línea del Ecuador, en una de las nuevas repúblicas sur-americanas..."<sup>19</sup> Vivía en la villa de Mapiche: "...uno de los cantones más retirados

---

<sup>17</sup> Tulio Febres Cordero. Ob. cit. p. 43.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 52.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 84.



de la provincia, edificada sobre una montaña altísima, que ofrece en sus faldas ancho campo para la industria agrícola y pecuaria. Vegas llenas de cultivos, prados extensos, siempre húmedos y empastados, clarísimos arroyos, selvas hermosas, colinas cubiertas de verduras unas, y desnudas otras, riscos inaccesibles a lo lejos, confundidos con las nubes, que semejan torres y castillos fantásticos.”<sup>20</sup> En uno de los pueblos sufragáneos de la villa de Mapiche tiene “...ricas haciendas de café, cacao y caña de azúcar...”<sup>21</sup> La vida de los habitantes de la villa discurría en una paz bucólica signada por la austeridad, el sosiego y el trabajo honrado de la agricultura. El servicio público, considerado pesada carga, era gratuito y desinteresado. Pero la política, para el presente que narra don Tulio, vino a dar al traste con tal armonía, abriendo paso a la viveza, la ambición, las rencillas, el dolo, el tráfico de influencias, el crimen y las rebeliones armadas. Dejo otra vez para el apreciado lector de esta obra la lectura personal de la historia de la infancia y juventud de Santiago en la villa de Mapiche hasta su destierro de la provincia de Sanisidro, su paso aciago por Cuba y su exilio en España donde conoce a don Quijote y Sancho.

Santiago, obviamente, representa a un hijo prototipo de la Venezuela de fines del siglo XIX que apoya la lucha de independencia que se llevaba a cabo en Cuba por ese tiempo. La provincia de Sanisidro es esa Venezuela representada en una república con un pasado colonial trisecular. La villa de Mapiche, por su parte, inspirada a todas luces en la geografía de Mérida por la descripción de su alta montaña y sus extensas llanuras, representa la prosperidad agrícola y pecuaria que recuerdan obras anteriores a *Don Quijote en América* en las que se exaltan el trabajo agrario y ganadero como sinónimo de riqueza sólida y perdurable. Entre algunas de esas obras tenemos la *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela* (1723) de José Oviedo y Baños, el *Resumen de la Historia de Venezue-*

---

<sup>20</sup> Ídem.

<sup>21</sup> Ídem.

la (1808) de Andrés Bello y *La agricultura de la zona tórrida* (1826) del mismo Bello. Con esa cosmovisión, de una naciente república venezolana esperanzada en el progreso agrícola, se editaron también la *Geografía y el Atlas* (1841) de Agustín Codazzi, el *Compendio de la Historia de Venezuela desde su descubrimiento y conquista hasta que se declaró Estado Independiente* (1840) del Dr. Francisco Javier Yanes, y el *Resumen de la Historia de Venezuela* (1840) de Rafael María Baralt. Pero ese añorado progreso agrario y ganadero se veía obstaculizado por revoluciones levantiscas de caudillos que habían azolado a la Venezuela decimonónica, que, al llegar al poder, sus líderes abandonaban el campo yendo a vivir a Caracas o a las capitales de provincia para dedicarse al parasitismo y corrupción. No es casualidad que en *El Cojo Ilustrado*, en 1902, Francisco Lazo Martí publicara su hermosa *Silva criolla a un bardo amigo*, que narra líricamente esta tragedia nacional. *Don Quijote en América* refleja nítidamente esta realidad: la de la Venezuela finisecular del XIX abrazada por las montoneras y el despilfarro; cuya riqueza agraria la constituían el café en Los Andes, el cacao en la región costera y la caña de azúcar en los climas cálidos y tierras feraces de nuestra patria.

El narrador, después del íterin de la historia de Santiago antes de llegar a España, nos devuelve al barco donde viaja don Quijote, Sancho y Santiago, iniciándose con ello la tercera secuencia de la novela. En el barco, "...D. Quijote creía oír ya, en el ruido de las olas, el lastimero clamor de estos pueblos sedientos de luz y progreso; Sancho, echado como un plomo en su camarote, veía en su imaginación brillar los montes de oro y romperse el cielo en cataratas de perlas; y Santiago, callado y melancólico, pensaba en su patria..."<sup>22</sup> En la travesía, el doctor Quix deslumbra a los viajeros con su disertación sobre el *heliógrafo* que durante el día guardará la luz solar que ha de alumbrar en la noche, superando la luz eléctrica. Esa disertación del doctor Quix, sin embargo, no la acompaña demostración alguna. Don Quijo-

---

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 83.

te, transformado en un doctor decimonónico, rompe lanzas por un progreso a costa de ocultar su verdadera identidad y su vida pasada. Se transforma en un fingidor, en un taumaturgo de palabras huecas y esperanzas vanas bajo ropaje científico. Y este desempeño del Quijote, vuelto doctor Quix, sirve de pretexto al narrador para insertar un discurso sobre la tesis que sustenta la novela: su postura sobre lo *criollo* y *extranjero* en Hispanoamérica: “La vida criolla, que es la natural y verdadera, porque criollos somos hasta la médula de los huesos, se vive entre bastidores, a escondidas, como si viviéndola, cometiésemos pecado mortal. No así la otra vida, la postiza y artificial, la que nos viene por la líneas de vapores de Europa [...], vida que representamos ostentosamente, con bombos y platillos, a la faz del mundo entero, a sabiendas que representamos una comedia...”<sup>23</sup> Y esa oposición de lo *criollo* y *extranjero* da pie también al narrador para criticar el progreso positivista en boga: “La causa principal de [...] menosprecio por lo criollo, está en un ciego y fanático respeto [...] a la palabra mágica del Progreso. En nombre del progreso se invierte el orden natural de las cosas, y se atropella hasta lo más sagrado; porque entendemos por progreso la revolución permanente, el continuo vaivén de las cosas, la diaria importación de novedades y hasta de vejezes, a condición de que procedan [...] de París, Londres, Berlín o Nueva York, confórmense o no con nuestra naturaleza y medios de vida...”<sup>24</sup> El doctor Quix, cual Quijote por América, no escapará de su papel clásico en el que la paradoja y la ironía configuran su vida de ficción pero en una nueva realidad: simula ser lo que no es, y como paladín del progreso positivista, lo desdice con sus actos. Para el momento de la edición príncipe de *Don Quijote en América*, Cipriano Castro predicaba un nacionalismo a ultranza; el criollismo levantaba sus banderas por una expresión literaria genuina de nuestra tierra, y ya se miraba con desdén toda la pose almibarada y cosmopolita del modernismo.

---

<sup>23</sup> *Ibíd.*, pp. 129-130.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 130.

El doctor Quix representa el Progreso venido de Europa y de tierras anglosajonas que quiere imponer su modelo de civilización sin adaptarse a las realidades de los países americanos tropicales. Su figura bufonesca en una enorme bicicleta, portadora de un enciclopedismo en desuso a fines del XIX, de un cientificismo sin demostración alguna, y creyéndose en la Tierra Firme del siglo XVI, se configura en una crítica feroz contra los artilugios de los predicadores de pacotilla de la ciencia positivista. Sancho Panza, por el contrario, mira la realidad de manera más práctica: prefiere el burro a la bicicleta como medio de transporte idóneo para unas regiones rurales, aunque siempre pensando en el oro y las perlas que, en grandes cantidades, recibiría como recompensa por sus andanzas en Tierra Firme, como varias centurias atrás ambicionaron los conquistadores. El *Quijote* de don Tulio, al igual que su arquetipo, es un ser anacrónico para su tiempo que, cual un Humboldt fuera de moda, pisa las tierras americanas para descubrirlas científicamente, como lo hiciera el sabio alemán en los albores del Siglo XIX. Santiago, por su parte, representa al joven criollo desterrado por los vendavales políticos de la provincia de Sanisidro que regresa a su patria, siendo despreciado por su amada Lola, víctima del extranjerismo después de vivir una temporada en Nueva York. La pluma de don Tulio se desliza, en esta tercera secuencia de la novela, entre la glosa del relato y la tesis de sus ideas mediante las cuales enjuicia el desprecio de las clases dirigentes de la Venezuela finisecular por lo nativo y la obsesión sin medida por lo foráneo. Pretexto estético-ideológico que le sirve de justificación al poeta de las “Cinco águilas blancas” para “revivir” a don Quijote, bajo el apelativo humorístico e irónico de doctor Quix de Manchéster; acompañado de su fiel Sancho, Mr. d’ Argamasille; y Santiago García, el personaje filigrana de don Tulio, para criticar la sociedad de su tiempo y sus ideas del progreso positivista que las clases dirigentes de la Venezuela de ese entonces querían aplicar como un simple recetario sin que se tomaran en cuenta las realidades históricas, culturales, religiosas, políticas y sociales de esta *Tierra de Gracia*.

En los últimos capítulos de la novela, mientras transcurren las desdichas amorosas de Santiago con su final feliz al pedir en casamiento a María, se monta en Mapiche la farsa del «progreso onomástico» al doctor Quix y Mr. Argamasille, como hicieran de modo semejante los duques con don Quijote que simularon “honrar” al hidalgo como caballero andante. Sin embargo, estimado lector, como esta presentación no pretende, ni podría, contar todos los pormenores la historia de *Don Quijote en América*, para eso está la novela en cuestión. Dejo en tus manos, para tu deleite y cavilación, esta hermosa edición crítica del Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes que, precidido por el profesor Humberto Ruiz, ha tomado la feliz iniciativa en publicar esta obra de don Tulio Febres Cordero como parte de la colección *Clásicos del Pensamiento Andino*, a cargo del profesor Luis Ricardo Dávila, ambos amigos de quien esto escribe. Esa Colección se propone rescatar las obras de los más insignes intelectuales y creadores de nuestros Andes venezolanos. ¡Enhorabuena!, como dirían los españoles, sale de galeras esta novela centenaria que rindió un homenaje sentido en Mérida al entonces *Quijote* tricentenario, hoy en las efemérides de sus cuatrocientos años. Mientras tanto, don Quijote, afamado por la caza del tigre que tenía atemorizado a Mapiche, con su inseparable compañero Sancho, voló en el globo del maromero que llegó a la villa, sin saberse hasta ahora de su destino. Con seguridad, el Caballero de las Triste Figura y su simpático Escudero sigue remontando las Cordilleras andinas de nuestra imaginación infatigable, soñando la fe, como siempre, para que no se derrumbe la esperanza.

Adelis León Guevara

Mérida, 15 de marzo de 2005